

Fragmentos teórico-críticos: textos chilenos.  
Grupo de Investigación de Literatura Chilena / Mecesup UCO-0203  
(SELECCIÓN)

**1. Respecto al libro.**

Escribir en términos teórico-críticos sobre el libro, en la actualidad, para mí, significa reflexionar respecto a su posibilidad o vigencia en la sociedad postindustrial, en la cultura postmoderna, en la cultura electrónica, en el contexto de la videósfera. La bibliografía en relación a este tema, en la realidad de la sociedad del conocimiento y/o de la información, es inmensa. Por lo tanto, ahora sólo me refiero a algunos textos y aísló dos ideas específicas respecto al libro: a) El libro como objeto material y soporte de la escritura;

b) El libro como materialización de la dimensión abstracta de Literatura.

En relación a la primera idea, puedo percibir tres variantes en los pensadores que se han hecho cargo del problema: por una parte, están aquéllos que consideran como inevitable la desaparición del libro en su forma actual o sienten sobre él una amenaza desde el campo de las tecnociencias; por otra parte, están los que consideran su vigencia y persistencia en la forma en que los conocemos; y, en una tercera posición están los teóricos que perciben la amenaza y la enfrentan.

Entre los que consideran que su fin es inevitable, puedo mencionar a los siguientes

autores y lugares específicos:

-George P. Landow. **Hipertexto:** La convergencia de la teoría crítica contemporánea y la tecnología. Barcelona: Ediciones Piados, 1995. p. 37.

-Jeremy Rifkin. **La era del acceso.** La revolución de la nueva economía. Barcelona: Ediciones Paidós, 2000. p. 126.

-Charles Grivel. "Le livre défait le livre". **Revue des Sciences Humaines**. 236; 1994-4. pp. 111-122. p. 118).

-Paul Virilio. **Cibermundo: ¿una política suicida?**. Santiago de Chile: Dolmen Ediciones, 1997. p. 26.

De esta serie, y desde la "nueva economía", cito a Rifkin: "Durante años se ha venido anunciando la muerte de la imprenta; ahora parece que el acceso electrónico a los materiales comienza a ser una realidad para la primera generación de jóvenes que han crecido con ordenadores y quienes se encuentran más cómodos accediendo a la información que reciben en una pantalla que mirando una página escrita. Jeff Rothenberg, un importante científico de la Rand Corporation, cree que no está lejano al día en que los libros impresos en papel se verán "más como objetos de arte que como cosas que utilizamos continuamente".(Rifkin, 2000, p. 126).

Respecto a los teóricos que insisten en el libro en su forma tradicional, ellos, al parecer, son menos. Por ejemplo, Giovanni Sartori y Umberto Eco:

-Giovanni Sartori. **Homo videns**. La sociedad teledirigida. Madrid: Taurus, 1998. p. 56.

-Umberto Eco. En la página 56, del mismo libro antes citado.

Aquí, desde la reflexión sobre las comunicaciones, cito a Sartori: "Como instrumento práctico, como un paseo a un mercadillo callejero o como un recorrido por nuestros más variados "hobbies", Internet tiene un porvenir revolucionario. Como instrumento cultural, de crecimiento de nuestra cultura, preveo que tiene un futuro modesto. Los verdaderos estudiosos seguirán leyendo libros, sirviéndose de Internet para completar datos, para las bibliografías y la información que anteriormente encontraban en los diccionarios; pero dudo que se enamoren de la red". (Sartori, 1998, p.56).

Los teóricos de la tercera posición: los que perciben una amenaza para la civilización del libro y de la escritura, pueden ser representados por dos nombres fundamentales: Jean-Francois Lyotard y Jacques Derrida:

-Jean-Francois Lyotard. **La posmodernidad explicada a los niños**. Barcelona: Gedisa, 1987. p. 112.

-Jacques Derrida. **Ecografías de la televisión**. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1998. p. 176

Derrida, en un enfoque deconstructivista de lo “teletecnológico”, en éste, uno de sus últimos libros, y en un diálogo con Bernard Stiegler, percibe como un hecho inevitable la transformación de los soportes del conocimiento en el contexto de la enseñanza universitaria. Así, ante el siguiente comentario específico: “Todavía no hay en la universidad una amplia difusión de una práctica erudita, sino científica, de la imagen, pero deberá haberla”; agrega: “Hay que alentarla, pero siempre que eso no se pague demasiado caro, siempre que no se resientan demasiado el rigor, la diferenciación, el refinamiento que nuestra herencia sigue asociando a la forma clásica del discurso, en especial del discurso escrito, sin imagen y sobre un soporte de papel”.(Derrida, 1998, p. 176).

En relación a la segunda idea específica que delimito respecto al libro; es decir, el libro como materialización de la dimensión abstracta de Literatura, en el contexto postindustrial, postmoderno, electrónico, de la videósfera; desde mi punto, aquí se trata de responder a la pregunta: ¿Dónde está la Literatura en esos contextos? La respuesta creo que está en los trabajos críticos que desarrollamos en los Postgrados de Literatura de esta Facultad, en la tesis de grado de los estudiantes de Magíster y Doctorado y en las ponencias de este mismo Seminario.

Juan Zapata G.

## **2. Autor, escena literaria, campo cultural.**

La cultura en nuestras sociedades actuales es un campo de acción en el que se mueven ciertas figuras<sup>1</sup> –entre ellas, los autores- en determinados círculos y también

---

<sup>1</sup> Traslado la noción de figura dramática utilizada por Marta Contreras al ámbito de la teoría sociológica de los campos, para visualizar los movimientos que los autores realizan en la escena literaria. La figura del autor, en este sentido, corresponde a una “asociación dinámica de elementos; a un modelo, diseño, forma o esquema inferible (...); a un personaje en particular cuya apariencia y desplazamiento constituye a su vez una figura visual”. La noción de figura, desde esta perspectiva, también nos permite explorar cómo la misma construcción autorial es una “construcción ficcional”, un espacio que se convierte en escenario para otras representaciones, en donde el autor, por ejemplo, aparece interpretando a un personaje o

en determinadas instituciones. Los autores son reconocidos en tanto tales a través de su obra, es decir, a través de lo que comúnmente se materializa por medio de la publicación y difusión de la obra de arte. Específicamente, refiriéndonos a nuestra escena literaria chilena, es necesario volver a plantear la pregunta que, en su momento, formulara Michel Foucault en torno a la existencia y naturaleza del autor. En su ensayo ¿Qué es un autor?<sup>2</sup> Foucault cuestiona la noción de autor en tanto conciencia individual creativa, proponiendo que la misma figura del autor sería una figura de poder que realiza ciertas funciones claves, inherentes a la producción de discursos. A su vez, dichas funciones originan respuestas y fenómenos que dejan de ser sólo meros acontecimientos artísticos o literarios. Es lo que Foucault denomina el “autor-función”. La pregunta que plantea Michel Foucault nos conduce a otras, a propósito de los nuevos esquemas comunicativos y de difusión del arte que implican los medios masivos de comunicación. ¿Son sólo éstas (producción, publicación y difusión de obras de arte) las acciones que determinan el reconocimiento del autor?, ¿qué fuerzas regulan dicho reconocimiento?, y ¿en qué sentido los medios masivos de comunicación –muy especialmente internet- modifican el “aura” (como diría Benjamin) de la obra de arte y de la misma noción de autor?

Señala Foucault que el “autor-función” regula “las modificaciones y variaciones, dentro de cualquier cultura, de los modos de circulación, valorización y apropiación” de ciertos discursos (Foucault 1999:17). Para Foucault:

El nombre de autor funciona para caracterizar un cierto modo de ser del discurso: para un discurso, el hecho de tener un nombre de autor (...) indica que dicho discurso no es una palabra cotidiana, indiferente (...), sino que se trata de una palabra que debe recibirse de cierto modo y que debe recibir, en una cultura dada, un cierto estatuto (Foucault 1999:8).

De esta manera, el autor –en tanto productor y administrador de discursos- se reconoce en tanto tal, por el carácter distintivo y distinguido de su “palabra”, es decir, de lo que podríamos llamar su obra<sup>3</sup>. Ahora bien, dicha distinción de su discurso

---

realizando acciones en tanto él mismo (performer). Sobre la noción de figura ver Contreras, Marta: 1994. pp 4-8-33.

<sup>2</sup> Foucault, Michel: 1999.

<sup>3</sup> Esto nos conduce al problema de la pregunta sobre la obra de un autor. ¿Qué es la obra de un autor? ¿de qué se constituye?; y, por último, ¿se debe considerar como obra todo discurso que se le atribuye a un autor, como por ejemplo, las cartas o incluso, hasta las opiniones orales registradas por algún medio de reproducción técnica?. Dichas preguntas obligan reformular la

implica, también, una distinción de su propia figura, que incluye –de manera muy clara en nuestra escena literaria actual- la misma imagen del autor<sup>4</sup>, también un ‘texto’ (desde una perspectiva semiológica) distinguido del catálogo de archivos fotográficos y fílmicos. El “autor-función” de Foucault goza así de un reconocimiento social, de una “distinción” en términos de Pierre Bourdieu, distinción que no sólo está inscrita en el nombre del autor (la firma-seudónimo) sino también en su propia imagen.

El “autor-función”, al estructurar el tejido de textos y ponerlo en circulación se presenta como una figura de poder, en tanto es productor y administrador de ciertos capitales distintivos y en tanto su discurso tiene la facultad de ingresar a otros campos discursivos de la sociedad. En este sentido el “autor-función” entra en conexión con el entramado de una jerarquía política y cultural y de todo un complejo de relaciones de poder tanto culturales como económicas. Dichas relaciones complejas nos conducen a la pregunta sobre la función ética de la literatura y sobre la función de los mismos autores en tanto productores de determinados discursos culturales.

La presentación escénica del sujeto se lleva a cabo paralelamente a la producción discursiva del autor y, con ello, la “función-autor” reviste un carácter teatral que surge de la construcción misma del sujeto y de su identidad como autor. Los autores son, en este sentido, figuras que realizan acciones performativas en escenas determinadas de la sociedad, es decir, figuras escénicas, actores y *performers* dentro de una escena y, también, complejos seres virtuales y mediáticos. Son los movimientos extraliterarios que realizan los autores para movilizar el capital simbólico que es la literatura y que ponen en juego una ética del mismo sujeto y de su identidad autorial.

De esta manera, la aparición del autor como sujeto escénico es, hoy en día, un rasgo propio de la escena literaria chilena, muy especialmente a partir de los años 90’ y, en ciertos casos extremos, constituye un mecanismo publicitario y difusor de la obra. La escena literaria reviste, en este sentido, un carácter teatral en donde los lectores

---

categoría del ‘autor y su obra’, tal como lo propone Michel Foucault en el ensayo aludido y nos llevan a pensar en la noción de autor (función) en tanto construcción del mismo discurso.

<sup>4</sup> La noción de figura, en este sentido, no sólo es entendida como la construcción autorial (ficcional) sino también como la imagen mediática reproducida por los medios masivos –imagen televisiva, periodística, digital, etc-, medios a través de los cuales la figura del autor se autorepresenta.

pasan a ser verdaderos espectadores de ciertas acciones típicas y de ciertos juegos escénicos, que también le otorgan distinción (y reconocimiento) a la figura autorial.

Desde esta perspectiva el desplazamiento de la pregunta por la obra es un hecho evidente, tal como se puede apreciar, por ejemplo, en ciertos casos específicos de nuestra tradición poética chilena (me refiero al caso de Pablo Neruda y Armando Uribe Arce, entre muchos otros), los cuales ilustran el carácter complejo de la escena literaria chilena dentro del campo específico de la cultura.

Pedro Aldunate.